

Mis escritos felices

Mary Bosio

Espacio Mariposa
Río Tercero - Córdoba

La casa deshabitada

Caminé lentamente en una siesta nublada y me detuve frente a una casa que parecía vacía. Quise entrar para recorrerla. Abrí su puerta blanca con una ventana delgada con rejas que se abría para atender a las visitas y ventilar el ambiente amplio del recibidor con sillones. Al entrar vi un comedor de mesa con seis sillas y un ventilador de pie en la esquina. Una pared con cuadros de paisajes serranos y en un armario portarretratos con fotos familiares. La casa parecía deshabitada. Atrajo mi atención un piano negro, lustroso. Vi en su banqueta a una niña rubia. Tocaba una melodía suave y tranquila, primero me trajo paz pero luego no pude acallar la angustia que me provocaba ver a esa pequeña niña sola.

Al entrar había dejado la puerta abierta, volví para cerrarla y decidí irme. Al salir observé otra vez en detalle la casa. Su frente lila con dos ventanas blancas a cada lado de la puerta y los cinco escalones para llegar a ella. El jardín con plantas verdes, canteros de piedras y un árbol alto. El techo era de chapa, bien mantenido. Al costado la dirección pintada en una madera y un farol colgante.

Me fui pensando en esa niña, el piano, la melodía, ¿sería feliz?

Pasó una semana, cuando sentí la necesidad de regresar a esa casa que me había intrigado. Fui caminando serenamente. Llegué al lugar y esta vez, llamé a la puerta y esperé ser atendida. Apareció una señora que me saludó muy amable. Le pregunté si hacía mucho que vivían allí, respondió que sí, con su familia, su esposo y sus tres hijos. Me sorprendí cuando apareció corriendo una hermosa niña rubia. La misma que yo había visto tocando el piano cuando recorrí la casa deshabitada una semana antes. Me pregunté ¿qué sucedía? Pensé que quizás la había reconocido en

alguna de las fotos que adornaban el ambiente y mi imaginación la ubicó en la banqueta, deslizando sus dedos sobre las teclas del piano. Mis piernas temblaron y me puse pálida. La señora que atendió la puerta me preguntó: ¿se siente bien? Le respondí que sí.

Después aparecieron dos pequeños jugando a la pelota en el jardín y volví a sobresaltarme, la mujer preocupada me invitó a pasar y me ofreció un vaso de agua, que acepté y agradecí. Nos miramos en silencio, al principio no teníamos de qué hablar. Ella comentó que venían cada mes a pasar unos días por el trabajo de su esposo. Comenzamos una agradable charla. Los pequeños se acercaron preguntando mi nombre y qué hacía. Ellos hablaron un rato de sus juegos y un tiempo después la mamá interrumpió diciéndoles que yo debía marcharme. Nos saludamos, agradecí el vaso de agua y la charla. Al salir caminé unos pasos y me volví para mirar la casa por última vez y a la pequeña que me saludaba desde la puerta. En el saludo vi sus manitos moverse ágiles como al tocar las teclas del piano aquel día en que estuvimos solas. Me recorrió un escalofrío mientras la puerta se cerraba y me fui, llena de preguntas.

El comedor de los abuelos

La mesa larga de la sala me llamó la atención, en el centro había un jarrón lleno de flores del jardín, sobre una carpeta tejida con delicadeza por la abuela. Más allá, los sillones donde ella pasaba las tardes soleadas tejiendo, hasta que se retiraba para servir el té y permitirse un descanso. Afuera el jardín para caminar y respirar el aroma de las plantas recién regadas.

Las patas de la mesa y de las sillas tienen un trabajo artístico hermoso. Las había elaborado el abuelo, lo mismo que los sillones. Seguían ocupando el ambiente familiar, yo disfrutaba tenerlos, cuidarlos, conservar los recuerdos, todo lo que vivimos con ellos.

La hamaca vacía

Camino lentamente por la calle que desemboca en la plaza, su verde vegetación y el olor a pasto me invitan a continuar mi paseo. Hay niños que juegan y cantan alegres. Entonces me invade un recuerdo, muchos años atrás paseaba con mi abuela, también en una plaza, buscaba juegos para entretenerme. Vi mi preferido que estaba desocupado y corrí hacia allí. Al llegar, otra niña se sentó primero y comenzó a hamacarse, me quedé parada, esperando. Como ella no se bajaba regresé corriendo a los brazos de mi abuela, que secó mis lágrimas y me consoló. De su mano regresamos esperando la próxima vez encontrar una hamaca vacía.

La enredadera de campanitas rosas

La enredadera de campanitas rosas
aroma suave perfuma
el ambiente en primavera
me baño con ella
al regarla
caen sus flores sobre mi cuerpo
la dulzura de sus pétalos
me envuelven
somos
una

al atardecer

Nuestra historia hasta la eternidad

Siento el aire en mi cara, en mi cuerpo, tal como vos lo sentías y me pregunto si veo yo también como vos veías las cosas.

¿Qué tan real es todo?

Tal como me lo contabas, yo también, puedo verlo ahora. Puedo seguir hablando y disfrutando las horas, la música, abriendo mi corazón para contar nuestra historia.

Conmigo será igual hasta la eternidad.

El retrato

Miro el retrato y veo
mi figura callada, siempre
callada, pienso
en ellos,
mis amores,
mis hijos,
traían alegría y diversión,
el lío en la casa.
Divago y vuelvo
a buscarlos
cada uno, brilla con su luz propia, especial...
y me callo
silencio,
niños,

el retrato.

El pájaro parece ser el mismo de antes

*"El pájaro que apenas canta
parece ser el mismo de antes"*

Alejandra Kamiya

Podría ser el mismo de antes, pero no lo es. Pasó mucho tiempo, ella era pequeña, de piernas largas y delgadas como tallo de girasol. Caminaba y giraba sobre sí misma para buscar a su amiga. Comía apresurada su merienda para no hacerla esperar, hablaba con su madre de las tareas, que cada una debía realizar en el día que comenzaba. Se despedía abrazándola, escuchando los consejos para madurar y crecer libre y feliz. Partía hasta el anochecer, con los últimos cantos de los pájaros, la brisa más fresca y los rayos del sol ocultándose llegaba con alegría, saludando a la familia que la esperaba para cenar.

Fueron amigas de la niñez, Guillermina y Belinda, separadas cada una, con una vida diferente, queriéndose a la distancia, recordándose siempre. Hasta que la hija de Guillermina, le escribe a Belinda para decirle que su madre había muerto. Belinda camina, llevando el dolor en todo su ser, llamándola, pero nadie responde, el silencio es triste. Para recordarla llega al lugar donde jugaban juntas, lo encuentra, pero ya no queda nada de lo que ellas habían construido. El secreto, los restos, son parte del monte, de la naturaleza, que tanto disfrutaron.

El Estetoscopio

Solo hay cosas
usadas y su recuerdo:
mi compañero durante años fue un estetoscopio que
todavía conservo
de color gris en las partes blandas y plateado en las
partes
que tomaba con las manos y llevaba a mis oídos
para escuchar los latidos del corazón y la entrada
de aire en ambos hemitórax

en las buenas y en los momentos dramáticos
siempre
me ayudaste y brillaste

hablo de vos
te quiero
te extraño

te guardo en mi corazón y sé que,
si te necesito ahora
estarás
siempre
esperándome

Esta publicación reúne textos
escritos por Mary Bosio durante el
taller **“¿Estás ahí?” 2025.**

Fue editada y maquetada por
Carolina Pittinari. Se terminó de
imprimir en Espacio Mariposa una
siesta luminosa de noviembre,
mientras las ramas flacas del cedrón
dibujaban monigotes de sombras
sobre la tapia.